

D-43.-

LA RELIGIÓN Y DIOS

por Francisco-Manuel Nácher López

- Yo no veo la necesidad de la religión ni de Dios. No nos hacen falta ni a mí ni al mundo. Y, además, con toda esa parafernalia de la Santísima Trinidad, que nadie entiende, y mil cosas más tan confusas e incomprensibles...

- Desde tu punto de vista, tienes razón. Falta no hacen mucha. Y, desde el punto de vista del Dios en que tú piensas, menos.

- ¿Qué quieres decir?

- Que, a mi modo de ver, se ha cometido un grave error, por quien haya sido, al explicar a Dios.

- ¿Qué error?

- El error de atribuirle características humanas; yo diría que hasta vicios y defectos humanos. Y eso de debe a que la gente ha pensado y piensa siempre en un Dios personal.

- ¿Y no es un Dios personal?

- Para explicarte mi idea de Dios voy a dar un rodeo.

- De acuerdo. Me interesa y mucho.

- Imagina que esta conversación está teniendo lugar entre dos células de tu intestino delgado o de tu hígado o de tu corazón. Ellas están convencidas de que son completamente libres: Comen cuando quieren, excretan cuando les apetece, se reproducen, etc. Nadie podría negarles que son seres libres, que llevan una vida normal. Pero ¿tienen alguna idea de que, sin saberlo, y por el mero hecho de vivir, de llevar sus vidas “normales”, están haciendo posible que tu intestino o tu hígado o tu corazón cumplan, a su vez, su cometido, y asimilen o filtren o bombeen, de acuerdo con su función específica? Y, en otro plano aún superior ¿saben que todo ello es lo que hace posible que otro ser, infinitamente más complejo, más perfecto y más evolucionado que ellas, que eres tú, viva? ¿Tienen ellas alguna idea de que existes? Y, por otra parte, si alguien les dijera que existes y que ellas tienen su ser en ti, que son tú mismo, que viven gracias a que tú vives y que tú las necesitas para vivir, ¿crees que lo entenderían y, de entenderlo, crees que lo aceptarían?

- Seguramente, no.

- Y, desde otro punto de vista, ¿a ti te importa mucho que dos células de tu intestino o de tu hígado o de tu corazón sean o no conscientes de que existes o que crean o no en tu existencia? Para ti eso no es trascendente. A ti lo que te interesa es que funcionen bien, que vivan bien, y que cumplan su misión. Porque, mientras ellas estén sanas y contentas, lo estarás tú.

- Es lógico.

- Pero si enferman, tú las cuidarás con todo esmero y con todo tu cariño, tanto si creen en tu existencia como si no, tanto a las "buenas" como a las "malas". Claro que, si son buenas, si llevan una vida ordenada, tú las apreciarás y se lo pagarás sintiéndote bien y compartiendo con ellas ese sentimiento. Pero, si se portan mal, si no cumplen su cometido si, como consecuencia de ello, enferman - y, por tanto, ponen en peligro todo tu organismo - actuarás inmediatamente para compensar esa desviación y, si son muy pertinaces, las extirparás con hartos dolor. ¿Es que no las quieres? ¡Claro! Pero no puedes permitir que amenacen tu cuerpo entero, porque ello supondría la muerte de todas las células que lo componen, y tu propia muerte. ¿Es tan difícil de entender esto?

- No, claro. Es indiscutible.

- Por otra parte, si una célula se hace desobediente y te crea problemas ¿no concentrarás tu atención en ella para retornarla al buen camino? ¿Qué crees que significa aquello de que "el buen pastor, cuando se le pierde una oveja, deja las demás en el aprisco y sale en busca de la descarriada?". Y luego, si consigues hacerla volver al buen camino, es decir, si haces que recupere la salud, ¿no te alegrarás más por ella que por las otras que se comportaron normalmente? ¿Y qué crees que significa aquello de que "más fiesta hay en el cielo por un pecador que se convierte que por cien justos que se salvan?"

- Hasta ahora está todo clarísimo.

- Pues tú y yo, en este momento, somos dos células en el cuerpo de Dios - se nos ha dicho claramente que "*en Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser*" - y, si bien para nosotros puede resultar muy interesante descubrir o estudiar y conocer cómo es Dios y cómo actúa, para Él, lo verdaderamente importante es que seamos buenas personas, que cumplamos nuestras obligaciones, que amemos y sirvamos al prójimo, que echemos una mano al necesitado - sería el summum que fuésemos conscientes, actuando en consecuencia, de que somos uno con Dios y con todas sus criaturas - y, con eso, hagamos que todo el organismo del que formamos parte, se sienta bien.

- Es cierto.

- ¿Porque, qué le importa a Dios que creamos en Él o no? Es a nosotros a quienes nos afecta directamente el problema.

- ¿A nosotros?

- Sí, a nosotros. Míralo así: Dado que Dios existe y está ahí y somos como dos células tuyas y desea, lógicamente, “vivir lo mejor posible” para cumplir también Él su cometido, y ello depende de que nosotros y con nosotros todas las células que componen Su cuerpo, actuemos bien, es decir, cumplamos su voluntad, o sean, las leyes naturales que nos rigen, tanto en el plano físico como en el emocional y en el mental, ¿no piensas que es lógico que haga llegar a sus células mensajes acreditativos y explicativos de Su existencia y de su manera de vivir y de actuar, para que las células que comprendan esas enseñanzas adapten sus vidas a ellas y sirvan de ejemplo a las demás y, con ello, se consiga el bienestar de todos?

- Sí. Parece razonable.

- Pues, ¿cómo llamarías tú a esos mensajes de Dios? Sencillamente, religiones. Porque, cada religión - me refiero a las religiones serias y no a las derivadas de desvíos de la ley natural, que han deificado vicios y errores - cada religión, digo, viene de Dios, pero está dirigida a un destinatario distinto, y le proporciona, a su nivel de comprensión, el mismo mensaje siempre. Por eso hay tantas religiones. Porque cada pueblo, cada raza, cada cultura, ha alcanzado un nivel de comprensión, superando la de los que le han precedido; pero también tiene un límite, límite que, sólo cuando sea rebasado mediante la evolución y el aprendizaje, dará lugar a una raza, a un pueblo o a una cultura más avanzados y, por tanto, a una nueva religión. ¿Ves qué sencillo es de comprender?

- Entonces, si cada pueblo recibe la religión apropiada ¿cuál es el papel de los misioneros?

- Ese ha sido un grave error de las iglesias cristianas. Y se ha pagado. Se ha llevado la religión más avanzada, la de Cristo, la que predica el amor al prójimo, con gran ilusión, con gran amor y con gran sacrificio, es cierto, a pueblos atrasadísimos cuyo nivel de comprensión y de evolución era incapaz de asimilarla debidamente, y el resultado ha sido el sincretismo religioso. O sea, que ellos siguen con su religión de siempre, la que ellos entienden, la que les basta, y acaban cambiando los nombres de sus dioses por los de los santos cristianos; practican los ritos cristianos, pero no abandonan los antiguos; y, en el fondo, siguen creyendo lo que creían antes de llegar la nueva religión.

- Sí, es cierto. En general, todos acaban siendo sincréticos.

- Por eso los misioneros, en términos generales, ya no van directa e inmediatamente a predicar a Dios, sino a ayudar a evolucionar; y por eso la aparición de la Teología de la Liberación y la distancia entre los misioneros de primera línea, que viven ese problema en sus propias carnes, y otros estamentos eclesiásticos que no dudan, por ejemplo, en recomendar la monogamia a un pueblo polígamo, sin explicarle por qué. ¿Cómo se le va a decir a un antropófago que ha de amar a los de la tribu vecina, sin darle argumentos válidos para él? No lo comprenderá porque, en su religión, hay razones para hacer lo que hace. Y, si dice aceptar esa nueva doctrina, aún teniendo la mejor voluntad, la deformará ajustándola a sus esquemas mentales.

- Eso está claro y tienes toda la razón. Pero hay una cuestión que me gustaría me aclarases: ¿Cómo ves tú la relación del hombre con Dios?

- Muy sencilla. ¿Cómo responderías tú a una célula o a una serie de células de tu intestino que te dijeren: “Señor, para cumplir nuestra misión, a tenor de tu voluntad, necesitaríamos una dosis de vitamina C; de otro modo, señor, no podremos vivir sanas como es nuestro deseo?”. ¿Qué harías? Pues proporcionarles inmediatamente la vitamina que te pedían, ¿no?

- Por supuesto.

- Y, por otra parte ¿qué harías si otras células de tu cuerpo, que te están provocando disturbios, cuya vida no es sana, te dijeran que desean que les proporciones más veneno o más posibilidades de seguir por ese camino, que tú sabes que las conduce al desastre? ¿Las escucharías? ¿Les harías caso? ¿O, más bien, las advertirías y, si no hacían caso, las dejarías sin asistencia, sin ayuda, para que vieran, a través de los sufrimientos derivados de su conducta, a qué lleva su ceguera, y aprendieran a vivir correctamente y en armonía con sus vecinas?

- Tienes razón.

- Pues esa petición de las células buenas a ti es lo que llamamos oración. Y que siempre, siempre es atendida desde lo alto, dado que el peticionario está lleno de buenos propósitos y es totalmente inegoísta. Y esa ayuda es lo que se llama, en términos religiosos, la gracia o la actuación de la providencia o la casualidad...o la ayuda de un semejante, y no hace sino redoblar el impulso para vivir una vida "como Dios manda", o sea, de acuerdo con las leyes naturales.

- Comprendo.

- Incluso, si alguna de esas hipotéticas células en estadio negativo se diese cuenta de su error e hiciese propósito de la enmienda y te pidiera ayuda ¿se la negarías? No. Porque tú verías su buena intención y tu ayuda no haría sino fortalecerla y, por tanto, apresuraría el éxito.

- Es cierto.

- Soy consciente de que, en este ejemplo, yo he incurrido en el mismo error de siempre: atribuir a Dios nuestros propios defectos y, así, Dios no queda muy bien parado y aparece ayudando “egoístamente” a sus criaturas para, en última instancia, beneficiarse a través de ellas. No he encontrado otro modo de explicarlo para que lo viese claro y adolece de la limitación humana para ponerse en el sitio de Dios, exactamente como ocurría con la limitación de tus células para ponerse en tu sitio, como hombre.

- ¿Entonces?

- Yo pienso que ese interés nuestro por conservar nuestras células y, con ellas, nuestras vidas, a nivel de Dios no es interés egoísta, sino amor, un amor infinitamente superior al humano, infinitamente más profundo, más omniabarcante, más omnipresente, más consciente, en una palabra, más amor, libre de todo egoísmo, puesto que Él nos ha creado voluntariamente para sentirse y vivir en nosotros y compartir con nosotros Su propia "deidad", hasta el punto de darnos Su propia vida; cosa que no hemos hecho ni tú ni yo ni ningún hombre con nuestras células, que nos encontramos ya creadas, y sólo nos incumbe conservarlas sanas para vivir mejor.

- Entonces, el ateísmo o el agnosticismo o la indiferencia religiosa ¿tienen alguna ventaja o algún inconveniente desde tu punto de vista?

- A la vista de lo anterior, está claro: El ateo, el agnóstico o el indiferente, si son buenas personas, si ajustan sus vidas a la regla de oro, es decir, si obedecen las leyes naturales, si cumplen con sus obligaciones, si aman a su prójimo, si son capaces de sacrificarse por él, si tienden a esforzarse por lograr un mundo mejor para todos, crean o no en Dios, estarán haciendo Su voluntad y, por tanto, evolucionarán y estarán en el camino. El inconveniente que tienen es, sin embargo, doble: Por un lado, que es difícil que no creyendo en Dios, se eleven más allá de la materia, lo cual les priva de una visión con la debida perspectiva; y, segundo que, al no creer en Dios, no creen tampoco en la efectividad de la oración y se privan con ello de la posibilidad de recibir la ayuda que otros, más informados, solicitan y reciben.

- Ahora lo veo clarísimo.

- Porque, con simplemente elevar nuestra mente y nuestro corazón hacia arriba para sintonizarnos con Dios - que es una manera de oración que se puede y se debería practicar de modo casi permanente - se puede provocar la respuesta inmediata con una efusión de energía que hasta se siente a veces físicamente. De ahí la importancia de la fe (pero no una fe ciega, sino razonable y razonada) y sus ventajas: Quien cree porque conoce y comprende, pide ayuda y la recibe; y quien no cree, no pide ayuda y su falta de fe rechaza la que le podría llegar por sus buenas intenciones. Porque hay un principio operacional muy claro: Dios, en todo momento, respeta nuestro libre albedrío y, por ningún concepto nos violenta.

- Lo has expuesto y lo he comprendido todo perfectamente y, a decir verdad, no era tan complicado. Pero ¿qué me dices del célebre misterio de la Trinidad?

- Eso es algo parecido. Te pondré otro ejemplo protagonizado también por ti: Tú eres casado y tienes hijos, es decir, eres un padre de familia y, como tal desarrollas una serie de actividades y asumes una serie de responsabilidades; pero, a la vez, eres ejecutivo de una empresa, con unos subordinados, y también aquí tienes una serie de obligaciones, totalmente distintas de aquéllas, y realizas una serie de actividades que nada tienen que ver con las del padre de familia; y, además, tengo entendido, que eres directivo de un club deportivo ¿no?

- Sí, es cierto.

- Pues también allí te ocurre lo mismo: Que realizas actividades y tomas decisiones y asumes responsabilidades que nada tienen que ver con las del padre de familia ni con las del ejecutivo empresarial. Y, además, seguramente ningún miembro de tu familia sabe con detalle lo que haces en la empresa ni en el club; ni tus subordinados de la empresa conocen lo que haces en tu casa con los tuyos ni en la directiva del club; ni, por supuesto, los miembros de éste tienen la menor idea de cómo desarrollas tus otras dos actividades. Son, pues, tres actividades completamente distintas entre sí. Pero nadie se atreverá a decir que tú no eres la misma persona en los tres sitios. Tú eres siempre el mismo, un solo ser, pero desarrollas tres actividades distintas y el acceso a ti no es el mismo en los tres puestos, ni lo es lo que tú puedes otorgar o decidir en cada uno de ellos.

Eso, exactamente es, pues, lo que ocurre con la tan traída y llevada Trinidad: Que Dios actúa en tres planos distintos y en cada plano lo hace

con distintas funciones, actividades y finalidad ya que, en un plano es creador, en otro es conservador y en el tercero es, digamos, recolector. ¿Es tan difícil de entender?

Prácticamente todos los hombres estamos realizando distintas actividades en distintos campos con distinta responsabilidades y propósitos. Entonces ¿por qué lo hemos de poner en duda y hemos de decir que es incomprensible cuando se trata de Dios, del cual formamos parte y del que no somos sino imagen? Recuerda aquello de "*hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*". ¿Qué crees tú que significa?

- Está clarísimo. Gracias. Y es tan sencillo...

- Claro. Siempre ocurre igual: Cuanto más grande es el problema, más simple es la solución.

* * *